



En proceso...
Una serie de reflexiones pastorales de cinco semanas
Reflexión Pastoral #4

Aprender a notar juntos

El discernimiento comienza cuando aprendemos a prestar atención: haciendo mejores preguntas, contando historias más verdaderas y aprendiendo a mirar con los ojos de Jesús. Pero hay algo más que debemos recordar: **nadie lo ve todo.**

Puede parecer obvio, pero importa más de lo que a veces nos damos cuenta. Cada persona llega a una congregación o comunidad desde un lugar diferente. Un pastor o una pastora ve unas cosas. Un miembro del consejo ve otras. Alguien que ha pertenecido a la congregación toda su vida nota cosas que una persona recién llegada nunca vería. Un niño o una niña puede saber de inmediato si un lugar se siente acogedor. Un vecino puede ver algo acerca de nuestra congregación que quienes estamos dentro hemos dejado de notar.

Esa es una de las razones por las que el discernimiento no puede ser una actividad solitaria.

Uno de los dones —y también uno de los desafíos— de servir como obispo es que esto se me recuerda una y otra vez. Cuando visito una congregación, llevo conmigo cierta experiencia. Puedo reconocer patrones o posibilidades porque he acompañado a otras congregaciones durante temporadas parecidas. Pero nunca veo el cuadro completo.

Y si llego pensando que ya sé lo que está pasando, probablemente no estoy prestando suficiente atención. Lo mismo es cierto para cada uno de nosotros.

Vemos a través del lente de nuestra propia experiencia. Prestamos atención a aquello que hemos aprendido a ver. Eso no es un fracaso. Es simplemente parte de ser humanos. El regalo aparece cuando estamos dispuestos a escuchar lo que otra persona está viendo.

La iglesia primitiva también tuvo que aprender esto. En Hechos 15, la iglesia enfrentó un desacuerdo difícil acerca de si los creyentes gentiles tenían que hacerse judíos para poder seguir a Jesús. Los líderes no resolvieron el conflicto porque una persona tuviera la respuesta perfecta. Se reunieron. Escucharon historias. Lucharon con las Escrituras. Oraron. Discutieron. Prestaron atención a lo que Dios parecía estar haciendo entre personas cuyas experiencias eran distintas a las suyas.

Finalmente pudieron decir: “Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...”

Siempre me ha encantado esa frase.

No pretende tener certeza absoluta. Tampoco sugiere que todo da igual. Describe a una comunidad que ha escuchado con suficiente atención como para dar junta el siguiente paso fiel.

Me pregunto qué pasaría si más de nuestras reuniones de consejo congregacional funcionaran de esa manera.

¿Qué pasaría si, antes de preguntar: “¿Qué vamos a hacer?”, dedicáramos un poco de tiempo a preguntar: “¿Qué estamos observando?”

¿Qué estamos viendo en nuestra congregación? ¿Qué estamos escuchando de nuestros vecinos? ¿Dónde están creciendo las personas? ¿Dónde hay energía? ¿Dónde hay dolor? ¿Dónde podría Dios estar abriendo algo que todavía no hemos reconocido?

Esas preguntas nos hacen ir más despacio. A veces eso es exactamente lo que necesitamos.

Distintas personas responderán de distintas maneras. Un músico puede notar si la adoración invita a las personas a participar. Una maestra puede notar si la fe está siendo formada. Un diácono puede darse cuenta de la necesidad de un vecino que otros no han visto. Un adolescente puede notar si las personas jóvenes realmente tienen voz. Un tesorero puede reconocer un patrón que nos dice algo importante acerca de nuestras prioridades.

Ninguna de esas perspectivas cuenta toda la historia. Pero juntas nos permiten ver más.

Tal vez esa sea una de las razones por las que Pablo utiliza la imagen del Cuerpo de Cristo. Los ojos no pueden hacer el trabajo de los oídos. Las manos no pueden hacer el trabajo de los pies. Nos necesitamos unos a otros, no solamente porque hay trabajo que repartir, sino porque **necesitamos los ojos de los demás.**

He visto esto suceder en congregaciones. Alguien hace una pequeña observación. Otra persona dice: “Yo también me di cuenta de eso.” Alguien más comparte una historia. Poco a poco comienza a surgir un patrón.

Lo que al principio parecía estar desconectado comienza a parecer algo a lo que vale la pena prestar atención.

Esos son algunos de mis momentos favoritos en el ministerio. No porque de repente todo quede claro. Normalmente no es así. Pero la conversación cambia. Las personas dejan de esforzarse tanto por resolver el problema y comienzan a preguntarse juntas qué podría estar haciendo Dios.

Eso ha cambiado la manera en que entiendo el liderazgo.

Por supuesto que quienes lideramos tenemos responsabilidad. Tomamos decisiones. Ofrecemos dirección. A veces tenemos que nombrar con claridad realidades difíciles. Pero liderar no es lo mismo que tener todas las respuestas.

A veces lo más fiel que puede hacer una persona que lidera es crear suficiente espacio para que las personas se escuchen bien unas a otras. A veces es hacer la pregunta que ayuda a alguien más a darse cuenta de algo que todos los demás habían pasado por alto.

Yo no puedo verlo todo. Tú tampoco. Pero juntos, bajo la guía del Espíritu Santo, muchas veces podemos ver con mayor claridad de lo que cualquiera de nosotros podría ver a solas.

Y tal vez eso sea parte de lo que significa convertirnos en el Cuerpo de Cristo: no solamente creer juntos, sino **aprender a ver juntos.**

+Obispa Sue